Conversamos con Antonio Daza.

Antonio Daza se acaba de incorporar a la conversación con María Lucas. Juntos van recordando anécdotas que tuvieron lugar en los años que rodearon la fuerte epidemia de gripe que azotó a Europa en el año 1914.

María recuerda que los abuelos de Antonio se dedicaban a llevar caldo a los moribundos, cuyos familiares no se atrevían a salir siquiera de las casas por lo que pudiera pasar. "Mi abuelo Alfredo, organizándolo él por su cuenta, cogió un carro y a tres o cuatro que les gustaba el vino y como ellos tenían tierras, pues se hizo de vino en cantidad de sobra para ir a recoger a los muertos a las casas y después enterrarlos. Y entonces, ¿por qué el vino? Pues porque yendo borrachos no se daban cuenta, y cuando alguno reculaba… le decías: ¡venga, tómate un vaso!".

A raíz de aquella situación y gracias a Alfredo, el abuelo de Antonio, se hizo el cementerio. "Eran sociedades muy pequeñicas… con muy poca gente… y la falta de estructura se suplía con gente que decidía ayudar para esto, ayudar pars lo otro… Era una sociedad más solidaria", destaca Antonio.

Qué recuerdos guardas de La Aldeílla de cuando eras niño?

Tras suspirar profundamente, lo primero que se le viene a la mente es la pequeña tiendecita que su familia reabrió después de la guerra y la gente que acudía a diario con cartilla de racionamiento en mano a comprar el tabaco y la comida.

Pasados los años, los padres de Antonio se embarcaron en la construcción de una tienda más grande, cuya apertura se demoró diez o doce años por la falta de dinero. María recuerda cómo se usó durante aquellos años el terreno para proyectar películas: "Yo me creía que íbamos al día del estreno de la tienda pero todavía no estaba terminada y nos encontramos con la película que era de miedo. ¡Nosotros no habíamos visto nunca en la vida el cine!". Lo que se conocería como el cine de Alfredo.

A colación de esto, Antonio recuerda cómo llegó la primera televisión a su casa:

"La televisión en España me parece que empezó en España en el año cincuenta y seis… cincuenta y siete… que yo tendría entonces doce o catorce años… Y mira por donde, un hermano de mi madre, que era muy listo, hizo un curso en *Radio Maimo*, un curso por correspondencia, y te enseñaban a hacer una radio…

Pues un día vino a casa y le dijo a mi padre: oye, una cosa, ¿tu quieres que yo te haga una televisión?".

Antonio se ríe al recordar la cara que se le quedó a su padre entonces.

"…Sí, es que mira, pasa esto… es que en el curso ese de radio que he hecho, … hay otro curso que es mas caro… pero es que yo no tengo dinero para pagar eso, y a mí me gustaría hacerlo… Entonces, si quieres… pos tú me pagas el material, yo la monto, vengo, te lo instalo y tal y cual… y te va a costar pos lo que valga el material… Y mi padre, más que nada… porque él siguiera estudiando, porque lo quería mucho… bueno, sí, venga, pos hazme la televisión".

Antonio comenta que Televisión Española comenzó a emitir a mediados de la década de los 50, emitiendo únicamente unas tres o cuatro horas por la tarde. La televisión, lógicamente, era un bien muy preciado en aquel entonces.

“Recuerdo que mi madre la puso en la tienda sobre un pedestal de aquellos que había para las plantas, le puso su tapetico de croché y la colocó enfocada allí para la puerta, para que la gente que estuviera comprando pos la pudiera ver mientras.

Y se venía todo el mundo allí a verla, con las viejecicas asomándose por detrás a buscarle el truco, y se armaban allí unos jaleos… porque es que entonces ¡ni vendían televisores!”.

No obstante, María no deja de sorprendernos al apuntar que, en su caso, la primera televisión que tuvieron era de batería: “No había corriente y tenías que estar ahí recargándola…”.

Antonio qué cargo político desempeñó su padre en La Aldeilla?

“Era alcalde de barrio… que ni cobraba ni na…”.

Antonio recuerda que se dedicaba a intentar mediar entre las parejas que acudían a él con problemas domésticos. Esto lleva a Antonio a acordarse de la única vez que vio a su hermano Alfredo discutir con su padre, cuando descubrió que éste jamás le había cobrado a Pedro “el municipal”, quien se encargaba de todo en el barrio, las bombillas que le vendía para cambiar las farolas de la calles. “Papá… ¿a ti te han pagado las bombillas? ¡Cientos y cientos de bombillas! Y mi padre: ¡eso ya está pagado! Y mi hermano Alfredo: ¡no… eso no está pagado! ¡No había cobrado el tío una bombilla en la vida!”, nos reproduce Antonio, con mucho cariño.

“Entonces eran otros tiempos, claro, en que la gente era mucho más solidaria…”.

Antonio recuerda otra ançecdota. Cuenta que en la tienda había un buzón para que la gente echara las cartas y cómo, cuando llegaba el correo procedente de Fondón, acudía todo el mundo a la tienda a recoger y leer sus cartas delante de todos. En ocasiones, se trataba de chicas que tenían a sus novios en la guerra. Y, en otras, en que alguno de los vecinos que había recibido correspondencia

no se encontraba presente, alguien se hacía responsable de hacérsela llegar personalmente.

Sin duda, eran otros tiempos.

Por otro lado, y en tiempos como los de ahora, en que se prometen “tantas y tantas cosas en las campañas políticas”, Antonio nos cuenta que hace poco, un amigo, le trajo un panfleto correspondiente a los años posteriores a Primo de Rivera. En el panfleto sale la cara de su abuelo Alfredo. “Era un panfleto preparado para unas elecciones que iba a haber en Dalías… no sé si eran diez o doce los concejales de la lista… y sí me llamó la atención que ellos, en su proclama… en lo que decían para que les votaran… decían que era importante cuidar el campo… que se hicieran escuelas… Eso te estoy hablando en el año 30 que entonces aquí no había de nada”.

Antonio Daza nos habla acerca de gente que en su día tuvo visión de futuro sobre las tierras ejidenses,

como uno de los hijos de su abuela, Gabriel Callejón Daza. Gabriel, según cuenta Antonio, tenía mucha influencia sobre ciertos señoritos de Granada, gente con gran patrimonio. “Gabriel, un día, se los trajo de Granada para comer en el cortijo… y cuando ya se iban a volver para Granada… iban varios coches, con sus chófer y tal… y él que iba delante le dijo al chófer que parara allí, donde estaba el cuartel, allí en lo alto de El Ejido… Y desde allí se dominaba todo lo que era El Ejido entonces, la Carretera de Málaga… y les dijo: bajaros bajaros. ¿Estáis viendo eso que se ve ahí abajo? Pues vosotros que tenéis dinero comprar todo lo que podáis ahí, todo lo que se ve. Compradlo que esa es la mejor inversión que vais a hacer en la vida”.

Resulta que, años después, el hijo de uno de aquellos señoritos de Granada, le comentaba al propio Antonio que ojalá su padre le hubiera hecho caso a Gabriel cuando se lo dijo.

María Lucas se suma a la conversación, recordando cómo Guillermina, familia de su madre, que tenía una finca de parras debajo del cuartel, sacó adelante a su familia gracias a que los bancos le daban dinero hipotecando la finca sin necesidad de venderla.

"Y tu abuelo Alfredo, ¿tenía algo que ver también con eso de la remolacha, ¿no?", pregunta María.

Antonio enseguida recuerda que se distribuía la semilla de la remolacha para potenciar su cultivo, pero los recuerdos le llevan a algo mucho más infantil: cuando usaban las semillas, al derramarse por el suelo, para jugar deslizándose sobre ellas. "Y Fernando Cantón era quien llevaba lo del algodón", apunta María.

Otro recuerdo curioso que Antonio guarda, pese a que era muy pequeño, es referente a las plantaciones de pita que hay en el cortijo del Águila:

"Eso lo plantó una empresa que vino de Madrid… Dionisio, se llamaba el hombre… Y era representante de una empresa que se dedicaba a hacer sogas con pita…". Al parecer, la empresa se llamaba ENEKEN ISISAL S.A y en su momento dio trabajo a muchísima gente. El negocio no prosperó y, actualmente, no queda más que el rastro de aquello.

"Me acuerdo también de otra anécdota, de cuando yo era pequeñillo, en la tienda… que se juntaban cuadrillas de Las Norias… de La Mojonera… para ir a segar el campo… y el punto de reunión era la tienda nuestra, en La Aldeilla… donde paraban a comprar comida… y hoces… Y llevaban siempre un niño o dos. Los niños, por lo visto, era para cargar el agua mientras ellos estaban segando".

Esta anécdota de los segadores que recuerda Antonio tendría lugar, más o menos, allá por el año 54.

Hemos rememorado, junto a Antonio, numerosas anécdotas que rodearon a su familia en aquellos años. Ahora se le pregunta si existía mucha

competencia entre el cine-terraza de su abuelo, Alfredo, y el cine de invierno de Juanjo.

"Como había la competencia que había entre uno y otro, llegó un momento en que por cinco pesetas ponían dos películas… y había gente que como no tenía otra cosa que hacer… pues se iba a un cine, veía dos películas, terminaba y se iba al otro que había otras dos películas.

En torno al año 60 se haría la terraza del cine de Alfredo. El cine de Juanjo ya vendría tres o cuatro años después. Lo que está claro es que el famoso "cine de Alfredo" nos consta que ocupa un lugar relevante en la historia reciente, por así decirlo, de La Aldeílla. En él, nos cuenta también María Lucas y María Montoya, que, se organizaban todo tipo de acontecimientos. "Hicieron un altar portátil, que lo quitaban y lo ponían, y entonces… por la tarde, antes de empezar el cine, tempranico y tal… decían la misa… hacían los bautizos… en fin, lo que hubiera que hacer, ¿no? Guardaban aquello… y empezaba el cine".

Pero no sólo en La Aldeílla había cine, sino también en muchos de los municipios de la Comarca del Poniente. Antonio nos habla de Gabriel Suarez, quien se quedó con el Cine Valencia, perteneciente a Antonio Góngora, y como buen emprendedor se hizo cargo de la contratación de películas para todos los cines de los alrededores. "Había veces que la misma película, en la misma noche, se estaba echando en Las Norias y en La Aldeílla… Terminaba el rollo aquí… y entonces yo cogía la moto y tenía que coger zumbando para Las Norias. ¡Unas carreras con la moto…!", sonríe Antonio al recordarlo.

Antonio conservas algún recuerdo relacionado con la vida social de La Aldeilla de aquel entonces.

Tras vacilar unos segundos y con el aporte de María de que se hacía poco más que ayudar a los padres, Antonio se anima a contarnos acerca de una, desconocida por los presentes, Romería de San Cristóbal. "En una ocasión, no sé cómo… porque yo es que no lo sé cómo fue… había en el portal de mi casa, aquí en la casa de mis padres, un Santo… un San Cristóbal… y hacían una

romería que lo llevaban de La Aldeílla a Guardias Viejas. Y aquello no sé si estuvo dos, tres o cuatro años… y de repente desapareció", sonríe Antonio. "A mí es que eso nunca nadie me lo ha explicado".

Para concluir el rato de agradable charla con Antonio, nos relata una última anécdota referente a su abuelo Alfredo cuando ayudó, durante una temporada a un agrimensor que venía desde Madrid con el propósito de deslindar las tierras e inventariar las fincas que la administración tenía.

En definitiva, poner algo de orden en las lindes de los terrenos. "Se encontraban siempre con que la finca de entonces figuraba inscrita con una cantidad de hectáreas… pero luego la finca realmente tenía mucho más. La gente lo hacía entonces para pagar menos impuestos".

La labor de Alfredo era acompañarlo con el fin de que la gente no desconfiara y le pusiera problemas. "Cuando terminaron, le dijo este hombre a mi abuelo: bueno, Alfredo… ni usted me ha preguntado ni yo le dicho nada de cuánto le iba a pagar por el trabajo que ha hecho… Que estuvo por lo menos un año o dos años… Días sueltos, pero mucho tiempo… Y dice mi abuelo: ¡Qué me va usted a pagar, hombre!... Es una cosa que es un bien y… ¿y la satisfacción de haber ayudado para que no haya peleas, para que no haya problemas…? Y el hombre le dice: no hombre, no… Dice, mire usted, nosotros no tenemos presupuesto para pagarle, pero sí podemos hacer una cosa, que es ponerle una finca a su nombre, la que usted quiera… yo le mando toda la documentación cuando llegue a Madrid… Eso no hay ningún problema… Y así le pagamos a toda la gente que colabora con nosotros".

Según parece, nos confiesa Antonio entre risas, su abuelo no echó a aquel señor a la calle de milagro. "Eran otros tiempos y otros valores… Él se daba más que pagado con todo aquello", concluye Antonio.